

*UN DOBLE MOMENTO INTERNACIONAL
EN LA ACTUALIDAD DE TURQUÍA*

El corriente año de 1971 viene constituyendo para Turquía una etapa muy importante dentro de la larga y difícil evolución que el Estado y la nación de la República turca han venido prosiguiendo después de la desaparición de su creador, Kemal Atatürk. En la primera quincena de marzo, la brusca dimisión del Gobierno de Suleimán Demirel, después de un ultimátum del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, fue un episodio muy ruidoso y de apariencias sensacionalistas que despertó gran interés fuera de Turquía, y que durante bastantes días llenó de noticias y comentarios las páginas de los diarios de Europa occidental. Sin embargo, después de haberse tratado de establecer una nueva normalidad, la situación conoció nuevas e inesperadas complicaciones que a finales de abril provocaron entre otros hechos la proclamación del estado de sitio. Después se ha visto que sea cual fuere el definitivo resultado de las futuras etapas gubernamentales, los cambios de marzo y abril han servido para efectuar unas revisiones de los principios esenciales de la actual existencia y las funciones de Turquía entera

Dichas revisiones se plantean en los dos sectores políticos y económico-social de los problemas internos más urgentes; pero indirectamente se refieren también a enfoques y dimensiones internacionales. Esto es por una parte obligado y comprensible dado el papel geográfico e histórico que Turquía ha ocupado desde el siglo xv (y sigue ocupando hoy) de «nación-puente». No sólo en el conocido sentido usual de la referencia a «Europa» y «Asia» teóricas, sino en aspectos parciales entre los Balcanes y el Islam, entre el mar Negro y el Mediterráneo, entre el «turquismo» racial y el «estatalismo» abstracto.

Comenzando por referirse a los factores interiores, uno de los motivos de mayor sorpresa ante los episodios de marzo fue ver lo intenso y lo rápido del fracaso de Suleimán Demirel. En octubre de 1969 el éxito del partido de la justicia presidido por Demirel, había dejado creer que se consolidaba una

fase de progreso iniciada con el mismo Demirel desde octubre de 1965¹. Pero en 1970 se volvió casi todo del revés, y el partido de la justicia (lo mismo que los sectores de la población en que reclutaba sus cuadros) contribuyó a hacer nacer una descomposición de los principales sectores de la producción y el nivel de vida. En realidad la crisis económica, surgida como consecuencia de varios fallos fiscales y financieros recientes (aunque apuntaba desde varios años atrás), actuó como catalizadora de los errores. Pues por un lado polarizó una protesta popular, y del otro lado agravó unas contradicciones que habían surgido en el seno del partido gobernante.

En lo económico bajó el tanto por ciento de la renta nacional, y en lo social surgió un paro que en los sectores industriales llegó al 15 por 100 de los trabajadores. En cuanto a los gastos de gestión y administración llegaron a absorber el 50 por 100 de los recursos del Estado; en detrimento de los fondos necesarios para reforzar la producción y continuar la planificación.

Por estos motivos y por otros varios secundarios, desde comienzos del año corriente brotaban constantemente focos de agitación. Había huelgas de funcionarios, ocupaciones de fábricas, ruidosas manifestaciones de estudiantes en las grandes ciudades, y en el campo intentos de ocupaciones de latifundios de los grandes terratenientes. Incluso comenzaba a notarse bastante agitación en las provincias del este de Anatolia, donde la gran masa de los habitantes no son turcos, sino gentes de raza kurda (aunque sus protestas no eran por separatismo minoritario tanto como por causas locales del «feudalismo rural»). De todos modos ni Demirel ni sus ministros podían solucionar nada, pues precisamente en las filas del gobernante, Partido de Justicia, era donde se habían llegado a formar los principales núcleos plutocráticos.

Los cambios de marzo no se produjeron sin embargo por todo eso, sino por indignación de los militares ante una pasividad gubernativa, que no sabía impedir los extremismos violentos de los grupos de extrema derecha y extrema izquierda. Unos y otros decididos a ocupar un terreno del poder que parecía casi vacío. El hecho que llegó al colmo fue del 4 al 8 de marzo el secuestro de cuatro militares norteamericanos.

Entre tanto la única fuerza del país (o mejor dicho «la gran fuerza») que permanecía firme y compacta, era el Ejército. En realidad desde que Atatürk creó la actual nación turca en 1921-1923, siempre sigue siendo el Ejército. En mayo de 1960 las fuerzas armadas habían dado un gran golpe de Estado

¹ Véase *Revista de Política Internacional* número de noviembre-diciembre 1969; páginas 135 a 142.

deteniendo y juzgando a los responsables de la gran desviación oficial originada por el Gobierno de Adnan Menderes. Las circunstancias de marzo de 1971 parecían semejantes. Así, el día 10, el Consejo Militar Superior reunido bajo la presidencia del general Menduh Tagmac se puso en contacto con el presidente de la República, general Yevdet Sunay. Y el viernes 12, los jefes de las Fuerzas Armadas presentaron al jefe del Gobierno, Suleimán Demirel, un ultimátum que le obligó a dimitir.

El ultimátum fue divulgado bajo forma de proclama, por medio de la radio nacional turca. Se decía que el Gobierno y el Parlamento habían puesto en grave peligro el porvenir de la República turca «conduciendo el país a la anarquía, a la lucha fratricida, y al caos social y económico». También acusaban al equipo gobernante de no haber realizado las reformas económicas y sociales previstas por la Constitución; y de haber así traicionado al espíritu kemalista que fue y tiene que seguir siendo la base de la nación.

Los jefes de las Fuerzas Armadas de Tierra, Mar y Aire no llegaron a tomar aquella decisión sin haber agotado antes los medios de persuasión indirecta. Desde hacía cuatro meses, los jefes militares habían venido haciendo advertencias discretas al Gobierno para que volviese a una normalidad, que en Turquía tiene que consistir en el espíritu igualitario y nacionalista austero que marcó el kemalismo «laico, popular, turkista y anti-imperialista». En realidad los jefes de las Fuerzas Armadas, desde 1960 no han deseado nunca tomar el poder en sus propias manos, sino encarrilar, apoyar y controlar la acción de los gobernantes civiles.

La Constitución actual puesta en vigor el 9 de julio de 1961, fue precisamente una emanación del movimiento militar del 27 de junio de 1960. Uno de los objetivos esenciales de aquella Constitución consistió en implantar una amplia reforma agraria y mejorar íntegramente la condición obrera. Pero los gobernantes civiles aún no habían hecho ni lo uno ni lo otro.

Entre octubre de 1961 y febrero de 1965 el poder estuvo ocupado por dos sucesivos Gobiernos de coalición que no se pudieron ocupar de reformas; pues su principal misión consistió en volver a establecer una nueva normalidad estatal y parlamentaria, después de los errores cometidos por el partido demócrata antes del golpe de Estado militar que puso fin a aquella situación cuando obligando a disolverse a dicho partido procesó y condenó a muerte a sus principales dirigentes. En la confusión política que siguió, los Gobiernos de coalición (formados para establecer un nuevo aire de calma)

estuvieron presididos por el viejo y célebre estadista Ismet Inonu, que fue en otro tiempo el principal compañero y el continuador directo de Atatürk.

Al pasar aquella etapa de Inonu se trató de volver a un nuevo sistema de partidos libres, mediante unas elecciones que fueron hechas bajo otro Gobierno neutro presidido por el independiente Urguplu. Aquellas elecciones fueron ganadas por el Partido de Justicia que presidía Suleimán Demirel. Ingeniero constructor de presas, Demirel había sido director general de Regadíos bajo el régimen de Menderes. En 1963 entró por primera vez en la política afiliándose al entonces naciente Partido de Justicia, y en 1964 fue hecho presidente de dicho partido. Se dice que lo logró porque obtuvo el concurso de los medios financieros y comerciales, a la vez que en otro sector supo ganarse la confianza de los jefes militares prometiendo realizar una acción liberal tan distante de los extremismos de la derecha como de los de la izquierda locales. Eso le hizo recibir muchos apoyos para ganar las elecciones de octubre de 1965 y formar su primer Gobierno, que duró hasta octubre de 1969. Durante este período parte de la atención estuvo vuelta hacia problemas internacionales. Pero en mayo de 1969 la Asamblea Nacional, por presión directa de Demirel, modificó la Ley Electoral de tal modo que los pequeños partidos fueron casi eliminados.

Así, aunque Demirel ganó también las elecciones de 1969, su triunfo fue más precario; y poco a poco en vez de contar con una mayoría parlamentaria absoluta se redujo a la mitad más uno de los diputados. Del Partido de la Justicia se separó una rama disidente. Y luego el nombre de varios familiares de Demirel fue mezclado a un gran escándalo público, y los efectos desastrosos de una devaluación de la moneda realizada en 1970, fueron algunas de las agravantes del extenderse de una agitación popular general.

Así se llegó al ultimátum de las Fuerzas Armadas, que el 12 de marzo hizo caer a Demirel. Después se hizo evidente que para crear una nueva normalidad había que preparar unas futuras elecciones generales. Con esta misión el día 23 del mismo mes formó Gobierno un hombre prudente y frío; es decir, Nihat Erim. El Gabinete que formó se componía de 24 ministros, o sea la mitad tecnócratas y la otra mitad representantes de diversos partidos políticos (incluso el de Justicia). Sobre dicho Gabinete se subrayó también la circunstancia de que una de las carteras la ocupase una mujer, hecho nuevo en la historia de Turquía.

Nihat Erim, jurista formado en universidades francesas, fue profesor de Leyes en la Universidad de Ankara antes de dedicarse a la política. Fue

ministro de Obras Públicas en un Gobierno hecho a base del partido republicano en 1946 (es decir, el partido kemalista más tradicional, que preside el veterano Ismet Inonu). Del 1950 al 1953 Nihat Erim se reintegró a su cartera. Entre 1953 y 1961 fue asesor jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores. En 1961 volvió al Parlamento formando parte del partido republicano. Y en el pasado marzo se dio de baja en dicho partido, para poder presidir con más independencia el Gobierno de coalición. Al tomar posesión de su presidencia, Nihat Erim dijo que no sólo trataría de restaurar el orden, aplicar íntegramente las reformas populares que brinda la Constitución turca y preparar una nueva Ley Electoral, sino que trataría de levantar urgentemente «la economía deteriorada». Para ello se han conferido poderes especiales al vicepresidente del Consejo, más los ministros del Comercio, Exterior y de Energía. Se dijo que era para encauzar una planificación que tendiese a la rápida elevación del nivel de vida.

En cuanto a las reformas políticas más urgentes, Nihat Erim detalló las líneas generales de su programa, en una entrevista que el 24 de abril concedió al corresponsal del diario parisiense *Le Monde*. Al decir que el mayor problema del momento era el insospechado nacimiento y crecimiento de los sectores violentos de extrema derecha y extrema izquierda, Nihat Erim hacía constar que la vigente Constitución de 1961 fue redactada y promulgada como reacción contra los abusos cometidos por el anterior régimen del Gobierno y el partido Menderes. Por eso aquella Constitución del 1961 restringió y disminuyó las atribuciones del poder ejecutivo. Nadie pensó entonces en lo que pudiera suceder ante una situación como la actual, que se presenta completamente al revés de la de 1960. Ahora los abusos y los peligros de golpes por la fuerza están «en medio de la calle» bajo la presión de los grupos violentos de varias tendencias ideológicas. Nerim dijo al periodista parisiense que se trata de reformar la Constitución turca con objeto de «adaptarla mejor a la lucha contra la agitación y la subversión»; para lo cual él había pedido al Gobierno francés el envío de varios juristas especializados (petición que, por cierto, provocó en Ankara y Estambul protestas por parte de los juristas turcos).

Los propósitos reformistas del jefe del Gobierno turco de coalición resultaron sin embargo desbordados por la rapidez de los acontecimientos. El día 26, reunido el Consejo Nacional de Seguridad (que es el más alto organismo consultivo de la República turca, y en gran parte se compone de miembros militares), recomendó al Gobierno que proclamase el estado de sitio en

11 de las 67 provincias. Así se hizo desde la noche del mismo día 26 y con duración hasta el 26 de mayo. En las 11 referidas provincias todo quedó a cargo de otros tantos generales.

Las versiones dadas en los primeros momentos (tanto por la prensa de Europa occidental, como por los círculos políticos y diplomáticos de Ankara) destacó las posibilidades de que en las urgencias de implantación del estado de sitio, hubiese influido una necesidad de tomar precauciones, antes de que llegase a Ankara el secretario del Estado norteamericano, William Rogers, para participar en la conferencia anual de la CENTO; es decir, del organismo regional que es en el Sudoeste de Asia un apéndice regional de la OTAN. Esta versión fue enérgicamente desmentida por el portavoz del Gabinete Erim; o sea por el ministro de Justicia, Ismail Arar. Pero sin que llegase a convencer a nadie.

En realidad, una parte muy importante, e incluso la mayor parte de los más bruscos cambios en las orientaciones generales del pueblo turco durante los últimos diez o doce años, se han debido a las reacciones ante la política internacional y las medidas tomadas en este sector por los gobernantes de Ankara. Son unos cambios que comenzaron a notarse hacia 1958 como reacciones ante el casi olvidado por las grandes potencias de los antecedentes tradicionales turcos en la cuestión de Chipre. Las referidas reacciones se han ido después agravando por las influencias ideológicas llegadas desde los países no alineados.

Respecto a la República turca, es muy sabido que su acción política exterior comenzó como un efecto directísimo de la labor que Mustafa Kemal (que luego pasó a llamarse Atatürk) realizó para crear una nación completamente nueva; sobre las ruinas y contra los errores del anterior Sultanato de Estambul. Uno de los mayores entre dichos errores había consistido en cierta postura de repetida humildad ante las exigencias de las grandes potencias, que apretaban e iban desmembrando al Imperio-Jalifato turco de los sultanes de Estambul, con el pretexto de que el orientalismo arcaico de aquel Sultanato no encajaba dentro de los usos y los niveles europeos de aquella época.

Aquellos antecedentes explicaron el que cuando Atatürk construyó su república, con unas formas y según unas modas exageradamente europeizadas, no lo hizo para someterse más aún, sino, por el contrario, para emanciparse del todo. Cuando los turcos kemalistas dejaron de usar tarbuches y turbantes para ponerse sombreros y gorras, o cuando proclamaron un cierto

laicismo estatal, ya no se les pudo acusar de «exóticos» ni de «atrasados», como pretextos para querer justificar agresiones y conquistas en contra de ellos. A la vez, los turcos kemalistas sustituyeron los antiguos programas «panislamistas» del tiempo otomano, por un nuevo ideal étnico de exaltación de un «turquismo» racial y espiritual. Desde entonces, los gobernantes de Ankara pudieron empeñarse en actuar ante las grandes potencias, sólo en vista de sus propias conveniencias de nacionalismo y turquismo. Dentro de unas fronteras más restringidas, pero más firmes, Kemal y sus colaboradores montaron la guardia para vivir lo más olvidados posible y, por tanto, más seguros. Aunque no siempre los resultados han correspondido a tales deseos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Turquía consiguió preservar su neutralidad total, a pesar de muchas dificultades y presiones. Aquel resultado se debió sobre todo a la gestión cautelosa y fría del que fue sucesor de Atatürk, o sea Ismet Inonu. Sin embargo, después de haber terminado la contienda, la posición internacional turca quedó enormemente debilitada ante los aliados que habían obtenido la victoria contra el Eje. Pudo decirse que entre 1945 y 1947 Turquía se quedó casi enteramente aislada. Pero no tan a salvo como hubiese querido, porque seguía dependiendo sobre todo de las exigencias geográficas y geopolíticas. Entonces volvió a destacarse que Turquía sigue siendo la llave de una de las tres puertas del Mediterráneo, y que su soberanía sobre los «estrechos» (confirmada por la Convención de Montreux de 1936) sigue integrando un factor marítimo mundial esencial.

Ahora bien, en los estrechos turcos de los Dardanelos y el Bósforo está para la Unión Soviética (como lo estuvo para la Rusia de los zares) la única vía de salida natural al Mediterráneo. Aunque también puede decirse al revés: es decir, que aquella es la única vía de entrada a las costas rusas del mar Negro. En los dos sentidos Turquía es la nación encargada internacionalmente de administrar las reglas del paso marítimo y de controlar la navegación. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS del stalinismo se empeñó en que predominase sólo el aspecto de la «vía de salida»; y en ese sentido hizo sobre Turquía una presión muy directa. Así los gobernantes de Ankara se vieron obligados a buscar el contrapeso del uso de «vía de salida» a través de un fuerte enlace con las potencias anglosajonas. En 1947 Turquía se adhirió a la llamada doctrina Truman; en 1948 se adhirió al Plan Marshall; en 1952 pasó a ser miembro activo del Pacto del Atlántico; en 1955 fue con Inglaterra e Iraq uno de los países que establecieron el Pacto

de Bagdad. Y en 1959 el Pacto de Bagdad se transformó en la CENTO. Con Turquía, Irán, Pakistán, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Durante los años de la que se llamó «guerra fría» la posición y las posibilidades de Turquía fueron muy estimadas y comentadas en los círculos políticos de las que se llamaban «Potencias occidentales»; puesto que dentro del conjunto de la OTAN, Turquía era el único país miembro que se encontraba en los contactos directos con la URSS. Después, tanto por la mejora de relaciones entre la Casa Blanca y el Kremlin, como por las repercusiones ya referidas de la cuestión de Chipre, el entusiasmo pro-occidental de los turcos comenzó a enfriarse cada vez más aceleradamente. En julio de 1964 los tres miembros asiático-islámicos de la CENTO, aunque no la dejaron del todo, decidieron no aplicar de hecho las normas guerreras de dicha CENTO (es decir, las de iniciativa sobre todo anglo-estadounidense) para consagrar en cambio sus esfuerzos comunes turco-iranio-pakistanos a la «cooperación para el desarrollo» mediante un nuevo organismo que es el de la RCD (*Regional Co-operation for Development*).

Establecida desde junio de 1964 la RCD, ha venido actuando paralelamente a la CENTO, y al parecer en cierta relación con ella, pero con el evidente deseo que sus tres Estados miembros expresan de que las relaciones y las realizaciones de su sistema trilateral vayan ocupando el primer puesto para ir dejando a la CENTO en un lugar lo más secundario posible. En realidad la RCD ofrece más garantías para las comunes relaciones asiáticas de Ankara, Teherán y Rawalpindi; porque en la CENTO las dependencias militares respecto Londres y Washington producen bastante recelo. Así actuando en nombre de su triple nexo de colaboración islámica, el sistema de la RCD ha conseguido extender su influencia directa al Afganistán; además de establecer lazos de cooperaciones indirectas con Malaca, Indonesia, Iraq y Arabia, etc.

La más reciente conferencia plenaria de la CENTO tuvo lugar en Ankara entre el 30 de abril y el 1 de mayo recientes. Asistieron junto con los tres ministros del Exterior de sus países miembros islámicos, el de Gran Bretaña, Douglas Home, y el secretario de Estado estadounidense, William Rogers. En la declaración final se hicieron unas manifestaciones vagas y generales respecto a los buenos deseos de «paz justa y duradera» en el Cercano Oriente dentro del espíritu de las disposiciones de la ONU. Pero el hecho principal fue el discurso del ministro de Asuntos Exteriores del Irán, Ardeshir Zahedi, para pedir que Gran Bretaña retire inmediatamente sus tropas de las costas del

golfo Pérsico, para dejar toda su defensa a la coalición de los países islámicos de aquella región.

Entre tanto los Gobiernos de Ankara, Teheran y Karachi refuerzan sus medios de acción de todas clases. Ya está en construcción un ferrocarril desde Ankara a Teherán (prorrogable hasta Pakistán), así como una carretera panasiática desde Ankara al Afganistán, enlazando luego por allí con China.

En cuanto a las relaciones especiales de los actuales gobernantes turcos, el jefe del Gobierno. Nihat Erim, ha dicho que Turquía debe seguir siendo miembro de la OTAN, puesto que se trata de un sistema defensivo de carácter internacional. Pero que eso no implica aceptar la hegemonía de ninguna potencia (sea de la OTAN o no). Nihat Erim ha añadido que Turquía «no puede llevar actualmente una política de no alineación». Pero que con vistas a la no alineación pueden suprimirse muchos compromisos anteriores que ya no sean necesarios.

Así en la actualidad de Turquía resalta la ambivalencia entre la urgencia de crear un nuevo equilibrio dentro de fronteras, y una nueva irradiación alrededor de ellas. Las dos cosas no sólo invocan necesidades materiales de las circunstancias del momento, sino la necesidad de retornar a las referidas raíces escuetas y aferradas del kemalismo. En realidad el eje de dicho kemalismo consiste en que Turquía se baste siempre a sí misma, y consolide la igualdad de oportunidades para todos los turcos. En una suma de nacionalismos étnicos y de modernismos prácticos que mantengan a Turquía dentro del complejo del sur europeo, sin dejar de ser la verdadera vanguardia y cabecera del Asia del Sur. Algo así como en el símbolo del águila de las dos cabezas, que apareció por vez primera en la península de Anatolia, antes de Cristo; y que continúa expresando la realidad de un país que tiene siempre dos rumbos y dos frentes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

